

Carlos Bacigalupe publica 'Viejo caballo de hierro', una personal visión del ferrocarril de La Robla

## "Bizkaia era un tierra de promisión para leoneses y palentinos"

Felipe Tomás

SIRVIÉNDOSE de un título con reminiscencias de película del Oeste, el periodista y escritor bilbaíno Carlos Bacigalupe recupera en *Viejo caballo de hierro* la memoria del ferrocarril Bilbao-León, más conocido como el tren de La Robla, que hace poco más de un año volvía a rodar por el trayecto de vía estrecha más largo de toda Europa, con 284 kilómetros. No se trata, sin embargo, de un libro oportunista, habida cuenta de que el texto fue escrito hace 25 años y narra el viaje sin paradas que el propio Bacigalupe realizó poco antes en aquel vetusto tren que estaba en trance de desaparecer. A lo largo del recorrido, el autor mezcla sus recuerdos de niñez como pasajero del 'hullero' con retazos de la historia de los pueblos que jalonan la línea y de las vicencias de aquellos que han convivido con ese cordón umbilical vizcaino-castellano, concebido en su día para alimentar nuestra siderurgia con el carbón leonés y palentino. La editorial Muelle de Uribitarte y el patrocinio de la Fundación Bilbao 700 han sacado de su letargo a este relato, que, partiendo del subjetivismo, acaba hablando de la vida de todos.

—¿Cómo ha resistido el texto original el paso del tiempo, después de pasar un cuarto de siglo durmiendo en un cajón?

—Con salud, porque creo que se trata de un libro muy fresco, en el que se refleja mi ingenuidad de hace 25 años. Está escrito a golpes de sinceridad, de entrega, de emociones, y tiene todos los defectos y virtudes de ese sistema. Por otra parte, quienes lo han leído lo consideran muy entretenido, muy propio, muy personal. Que la gente no venga a buscar una erudición sobre La Robla, porque para eso ya están los manuales de Feve o los folletos turísticos de las comunidades. Lo que trato de explicar es cómo a un chico como yo, que desde niño viajaba por esa línea durante un montón de años, el ferrocarril le sugiere unos recuerdos que se acumulan, y los recojo.

—De su lectura se desprende que ésta es un obra difícil de clasificar. Quizá la etiqueta más aproximada sería la de libro de viajes. ¿A qué género pertenece, en su opinión?

—Es un libro de viaje, en singular. Tiene, además, un doble componente desde el punto de vista estructural: lo que pasa en el vagón y lo que sucede fuera. Trato de retratar a los personajes, los pasajeros que me rodean, pero también intento describir lo que el viajero está sintiendo con respecto al paisaje que va abandonando. De hecho, los dos retoques que he realizado



al texto original pretenden dar un poquito más de vida al exterior del tren, porque podía dar la sensación de que me centraba demasiado en los personajes condenados al vagón. Desde luego, la geografía es preciosa, muy cambiante a lo largo del trayecto.

—¿Qué esperaba encontrar en el recorrido que relata en el libro?

—Realmente no lo sabía. Es un viaje que me sirve como hilo conductor para, según paso por un lugar, recordar acciones de las que ese sitio ha sido protagonista. Quizá deseaba recuperar los buenos días perdidos, que decía Gala. Tal vez quisiera hacer tangible algo que, de momento, sólo era puro pensamiento y recuerdo.

—¿Qué diferencias hubo entre la época de sus veranos en el pueblo leonés de Puente Almuhey y ese viaje de 1979? ¿Cuáles entre aquél y la actualidad?

—Las cosas han cambiado mucho más en 25 años de lo que lo hicieron entre mi niñez y 1979. En el viaje descubrí que los vagones se-

guían siendo iguales, no así la locomotora, que había cambiado el carbón por el gasoil. También las distintas provincias que atraviesa la línea han cambiado, se han regenerado a su manera. Date cuenta de que éste era el tren en el que los emigrantes venían a la Bizkaia siderúrgica a buscar trabajo, y lo encontraban. Esta era para ellos una tierra de promisión. Si este viaje lo hiciera ahora mismo, sería irrelevante en cuanto a circunstancias. Ahora, el tren es una maravilla: cómodo, limpio. Lo que tiene de especial *Viejo caballo de hierro* es que lo escribí pensando que a este ferrocarril le quedaban muy pocos días y, de hecho, llego a mencionar que podría salvarse si se observara su potencial turístico, cosa en la que puedo considerarme

El autor frente a la estación de la Concordia. Foto Moreno Esquivel



"Es el 'tren hullero' pero también el de viajeros, estraperlistas y maquis"

un adelantado. Si esto desaparece —pensaba—, se van nuestros mejores años, nuestros peores años, nuestra vida particular ligada al tren. Por eso nace el libro.

—Al ferrocarril de La Robla se le conocía como 'el hullero', pero queda claro que era mucho más que eso.

—Efectivamente, es el tren hullero, pero también lo es de la gente que se traslada. Sus viajeros son personas que emigran y vuelven al pueblo, veraneantes y quienes lo utilizan como cercanías. Es, asimismo, el tren de los estraperlistas y del maquis, la guerrilla antifranquista que estaba incardinada en Palencia, la montaña de León y, por derivación, en Asturias. El maquis era muy volátil y utilizaba el ferrocarril para moverse, porque a sus guerrilleros, que despertaban al mismo tiempo admiración y temor, les conocía poquísima gente y los que les conocían no les iban a delatar. Se contaban historias, hazañas inmensas del maquis. Por ejemplo, del famoso Juanín, se dijo que había bailado con la hija del cabo comandante de puesto y que, después de revelarle su identidad a ésta, había salido todo el pueblo en su persecución sin poder alcanzarle.

—Háblenos de su compañero de expedición, Jesús María López, quien, por desgracia, no podrá leer el resultado de aquel periplo. ¿Por qué precisamente él?

—Fue casi como un reto. Chus era un *bon vivant*, muy atildado, muy tiquismiquis, un gran gastronómico, y yo quería meterle en un vagón del que pudiera salir suicio, que la comida fuera de campaña. Se lo propuse como desafío y él me lo aceptó. Y no sólo me sorprendió que se comprometiera, sino su comportamiento durante el viaje. Se enrollaba con todo el mundo y lo pasó fenomenal. Cuando llegamos a León y le pedí disculpas, él me contestó que había sido una de las mejores experiencias que había tenido en su vida.

## 'Cinema paradiso' en un pueblo de León

"DE Cistierna venía—a Puente Almuhey, por ejemplo— el hombre que daba cine. ¿Cómo se llamaba? ¿Amable? Sí, puede que se llamara Amable [...] Nuestro hombre llegaba al pueblo cuando podía, no tenía fecha fija, a lo mejor porque el día de proyección dependía de que pudiera alquilar una película taquillera. Lo cierto es que la película viajaba en el Correo de la mañana, sobre las once [...] y luego, Amable se dedicaba a anunciar su buena nueva pegando afiches en el café y en la confitería. Según la época, la proyección tenía lugar en el pequeño salón de baile, mul-

tiuso, o en la descubierta pista de baile, al fresco de la noche leonesa metida alegre en rocíos veraniegos. Y pudimos ver Sin novedad en el Alcázar, Creemos en el amor, Botón de ancla y tantas otras que hicieron época mediados los 50. Si la película se proyectaba en el salón, aquel espacio cuadrado e incapaz, se veía poblado de bancos corridos, siempre ocupados en las dos sesiones reglamentarias [...] Cuando el hombre que traía el cine exhibía su película en la pista de baile, el público acudía regocijado ante la experiencia. Unos, con mantas bajo el brazo para ponerlas luego sobre

las rodillas y gozar de su entrañable calor. Otros, acompañados de amigos y amigas, riendo la noche sin problemas visibles [...] Era aquella una felicidad ingenua, que el hombre de Cistierna, heredero de titiriteros ambulantes, regalaba con sus historias de celuloide. Tras de cobrar la entrada —igualmente taquillero— y de darle duro a las películas remendadas, hartas de vagar por catequesis y centros parroquiales, marchaba al día siguiente, también en el Correo, siempre prometiendo volver".

Extracto de *Viejo caballo de hierro*. Págs. 158 y 159